

## *Tirano o soberano. La imagen cambiante de Felipe II en la historiografía holandesa desde Bor hasta Fruin (siglo XVI-XIX)*

LEONARDO H. M. WESSELS \*  
Universidad a distancia de Heerlen-NL

### 1. PAÍSES BAJOS. REBELIÓN Y PASQUINES

Las Diecisiete Provincias flamencas formaban solamente una parte pequeña pero relativamente próspera del vasto imperio gobernado por el rey Felipe II. Las regiones, gobernadas desde Bruselas, habían sido anteriormente independientes llegando a formar de forma paulatina una cierta unidad bajo el mandato centralista de los duques de Borgoña y del padre del rey, Carlos V. Esta política centralizadora sería continuada con vigor por Felipe II después de ser proclamado en Bruselas en el año 1555 como soberano por los Estados Generales. En 1559 el rey emprendió viaje a España. Nunca volvería a los Países Bajos<sup>1</sup>.

El poder central en Bruselas fue asumido por un gobernador que era nombrado por el rey y que seguía sus ordenes directas. El gobernador en cuestión fue asistido por distintos consejos como eran el Consejo de Estado y el Consejo Secreto en los cuales participaban los nobles, clérigos y funcionarios produciéndose cambios frecuentes en la composición de dichos consejos. El príncipe nombraba así mismo en cada región un estatúder. Las clases privilegiadas y las ciudades celebraban sus propias asambleas en el marco de los Estados

---

\* El autor agradece a la Sra. Lic. Nadine Aernouts de Venegas la traducción de este artículo.

<sup>1</sup> Para reflejar una imagen reciente de Felipe II he consultado e.o.: V. Vázquez de Prada, *Filips II. Heerser van een wereldrijk* (Bussum 1975); P. Pierson, *Philip II of Spain* (London 1975); G. Parker, *Philip II* (Boston 1978); Henry Kamen, *Philip of Spain* (New Haven 1997). Comparar para los Países Bajos con el compendio de E. H. Kossmann's *The Low Countries* (Oxford 1978). Al introducir este artículo, acabó de publicarse el estudio de Hugo de Schepper, «Felipe II visto por la historiografía en Flandes hacia 1600», en: *Las sociedades Ibéricas y el mar a finales del siglo XVI. As sociedades Ibéricas e o mar a finais do século XVI*, t. V: El árca Atlántico. Portugal y Flandes (Pavellón de España Expo '98 Madrid/Lissabon 1998) 211-232. Una cierta superposición era inevitable.

Provinciales. A nivel del país las regiones, a su vez, estaban representadas en los Estados Generales. Dicho organismo sólo podía ser convocado por el soberano, por ejemplo con el propósito de conseguir el permiso para cobrar impuestos (*donativos*).

La política centralizadora del rey Felipe II provocó una creciente oposición en las regiones que en su mayoría estaban organizadas y orientadas hacia los particularismos y la descentralización. Fue considerada en muchos casos como una vulneración de los privilegios provinciales y locales tan cuidadosamente mimados. También el incremento de las cargas financieras fue considerado embarazoso. A todo eso hay que sumar las importantes diferencias surgidas en materia de religión que dejaban entrever una eminente ruptura. Felipe II intentó en vano mantener al catolicismo en un lugar destacado empleando toda su energía contra el progreso del calvinismo, teniendo como fondo histórico el clima contrarreformista del concilio de Trento. Su padre había hecho lo mismo pero el rey fue más lejos y su intervención fue más dura y menos sutil.

La política centralista, la política religiosa y la política en materia de impuestos llevada a cabo por Felipe II serían las tres causas más importantes de la *Rebelión de los Países Bajos*; rebelión que recibe en la *historiografía nacional* holandesa y belga el nombre de la Guerra de los Ochenta años, en España conocida como la Guerra de Flandes (1568-1648). Durante la primera fase de la contienda sería Guillermo de Orange (1533-1584), estatúder del rey en Holanda y Zelanda, el hombre que llegaría a ser el líder más carismático de las regiones rebeldes. La lucha llegó a su final formal con la Paz de Múnster (treinta de enero de 1648), por la cuál se firmó según el derecho internacional el reconocimiento *de jure* de la República de las Siete Provincias Unidas como una confederación de Estados libres y soberanos. Las demás regiones seguirían bajo el mando de España. Igualmente, se puede decir *in religiosis* que el tratado de Paz significó una separación entre «Norte» y «Sur»: en la República sería la iglesia Reformada o Calvinista la que marcaría la pauta en la vida pública, en cambio en los Países Bajos españoles dominaría el catolicismo de la contrarreforma.

Ya desde el principio de la Rebelión se produjo una importante afluencia de pasquines. Los pasquines, o panfletos servían a los defensores y sus detractores como una forma de legitimar sus motivos por medio de argumentos políticos, religiosos e ideológicos y a la vez eran una vía para atacar a los contrincantes. Se trata de hecho de la «propaganda que acompañaba a la guerra con las armas»<sup>2</sup>. En un principio se trataba sobre todo de una defensa o una censura del gobierno ejercitado por los servidores más prominentes del príncipe. Se puede afirmar que el hecho de que los mandatarios y consejeros más relevantes no

---

<sup>2</sup> P. A. M Geurts, *De Nederlandse Opstand in de pamfletten 1566-1584* (Nijmegen 1956; 3.ª ed., Utrecht 1983).

eran oriundos de Flandes formaba una importante traba. Granvela fue fuertemente atacado en la *Apología* (1568) de Guillermo de Orange contra las acusaciones de parte de los españoles contra su persona. Según transcurría el tiempo fueron en aumento, en número y en tono, las quejas y los ataques contra la persona del rey<sup>3</sup>. En varios escritos se comparaba especialmente las diferencias entre el carácter y el mandato del rey y el de su padre, el emperador Carlos V. Asuntos más fundamentales como la soberanía del pueblo y el derecho natural a la rebelión recibían la atención de los escritores. Las reflexiones principales de tipo teórico-político ocupaban un lugar prominente. Se puede señalar por ejemplo la influencia de los autores como Beza, Buchanan y Althusius, los «monarquomachos» (antimonárquicos) y también de los escritos como *Franco-Gallia* (1574) de François Hotman y *Vindiciae contra Tyrannos* (1579) de Ph. Duplessis-Mornay. La pregunta central que quizás se repite con más frecuencia es si los subordinados tienen el derecho de levantarse contra un rey o príncipe que según ellos se comporta como un tirano. Esta pregunta es respondida en el *Acta de Recusación* (*Plakkaat van Verlatinge*, 26 de julio 1581) por parte de las regiones rebeldes con argumentos sacados del derecho natural y del derecho positivo y recibe, claro está, una respuesta positiva<sup>4</sup>.

## 2. HISTORIÓGRAFOS «CONTEMPORÁNEOS»: VAN METEREN, BOR, VAN REYD Y HARAEUS

Si consideramos todos los elementos presentes en la cultura de los pasquines del siglo dieciséis, tomando en cuenta su contenido, forma y medios retóricos podemos constatar que dichos elementos son copiados de alguna o otra manera por la historiografía. Hasta bien entrado el siglo dieciocho resulta a menudo una tarea ardua trazar la frontera entre la historiografía y la polémica propagandística de los escritores de panfletos. La formación de mitos y la realidad iban frecuentemente de la mano y eso se debe considerar *a fortiori* en lo que es la imagen creada sobre la posición, persona y política de Felipe II.

En nuestra exposición centraremos la atención en algunos puntos que conciernen la imagen del rey en los escritos de los historiadores de las Provincias Unidas. Estas últimas corresponden en su globalidad con el territorio indepen-

<sup>3</sup> Geurts, *Nederlandse Opstand*, pp. 131 y siguientes, 157-183; H. de Schepper, «Las ideas político-religiosas de Guillermo el Taciturno, 1559-1584» [Conferencia en el marco de la Cátedra Campomanes], *Torre de los Lujanes. Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País*, n.º 34 (1997) 63-83 (ver 74-76).

<sup>4</sup> A. C. J. de Vrankrijker, *De motiveering van onzen Opstand. De theorieen van het verzet der Nederlandse opstandelingen tegen Spanje in de jaren 1565-1581* (originalmente 1933; reedición Utrecht 1979); Geurts, *Nederlandse Opstand*, pp. 131-156, 190 y o.; H. Lademacher, *Die Stellung des Prinzen von Oranien als Statthalter in den Niederlanden von 1572 bis 1584. Ein Beitrag zur Verfassungsgeschichte der Niederlande* (Bonn 1958).

diente de 1648 y los historiadores nombrados tuvieron cierta autoridad. Se trata en su mayoría de autores que simpatizaron con la Rebelión aunque no exclusivamente. Es comprensible que no podemos ofrecer una revisión completa. Los periodos estudiados oscilan entre los años alrededor del fallecimiento de Felipe II (1598) y las últimas décadas del siglo diecinueve cuando aparece la llamada profesionalización de los historiadores holandeses con el nombre de Robert Fruin.

A la primera generación de los historiadores más importantes pertenecían el negociante emigrado Emanuel van Meteren oriundo de Amberes (1535-1612) y el notario de Utrecht Pieter Bor (1559-1635)<sup>5</sup>. A pesar de que ambos vivieron la Rebelión contra Felipe II muy de cerca, y por lo tanto se puede decir que tenían su información de primera mano, no caen en la polémica constante de los panfletistas. Su finalidad primaria no es la de acusar, sino de transmitir el gran drama de su época para «la posteridad y a su Patria» como diría Bor en su «descripción veraz y histórica» de la Rebelión<sup>6</sup>. La simpatía y el compromiso de ambos autores con la causa de los rebeldes queda bien patente, pero así y todo se puede afirmar que sus trabajos son precisos y que se realizaron con mucha dedicación, formando una *Fundgrube* en la cual se han recogido un tesoro de materia prima.

Eso no evita que la imagen creada alrededor del rey Felipe sea muy diferente a la imagen surgida de las cartas de Francisco de los Cobos y Molina o del biógrafo Luis Cabrera de Córdoba. A los historiadores holandeses no les era ajeno que el juicio de los historiadores contemporáneos español es sobre su rey era halagador en su gran mayoría. Bor escribe ya en su obra monumental *Origen, comienzo y transcurso de las Guerras de los Países Bajos* que los historiadores españoles le asignan a Felipe II una muy gran inteligencia<sup>7</sup>. El mismo autor también recalca la diferencia entre el gobierno del padre Carlos V y del hijo.

«Pero el rey Felipe deseaba gobernar sin tomar en cuenta en absoluto las libertades y los privilegios de los distintos Países, él no se ha limitado a seguir los placartes (edictos contra la herejía) de su padre de la forma más rigurosa posible sino que agravó con severidad su puesta en práctica<sup>8</sup>.»

<sup>5</sup> A. F. M. Janssen, «A "trias historica" on the Revolt of the Netherlands: Emanuel van Meteren, Pieter Bor and Everhard van Reyd as exponents of contemporary historiography», en A. C. Duke y C.A. Tamse (eds), *Clio's mirror. Historiography in Britain and the Netherlands*. VIII (Zutphen 1985), 9-30; De Schepper, «Felipe II visto por la historiografía [en Flandes]» 219-221.

<sup>6</sup> P(ieter) Christiaanszn Bor, *Oorsprongck, begin ende aenvang der Nederlandscher oorloghen / heroerten ende borgerlijcke oneenicheyden* (Utrecht 1595), «Acnden goetwillighen Leser» (Al benévolo lector).

<sup>7</sup> Pieter Christiaanszn Bor, *Oorsprongck, begin en vervolgh der Nederlandsche Oorloghen, beroerten en borgerlycke oneenigheden* (...); se trata de la edición continuada en folios en cuatro tomos (Amsterdam 1679-1684), aquí tomo IV, fol. 474vo. Edición original: ídem, *Nederlantsche oorloghen, beroerten ende borgerlijcke oneenicheyden* (...), 6 tomos (Leiden/ Amsterdam 1621-1634).

<sup>8</sup> Pieter Bor, *Nederlantsche oorloghen, beroerten ende borgerlijcke oneenicheyden*, VI (edición 1621), fol. 40; IV (1684), fol. 472.

La Rebelión empezó como «una simple chispa de discordia». «El pequeño fuego hubiera sido fácilmente apagado si se hubiesen aplicado los métodos adecuados y si se hubiese obrado con más tacto<sup>9</sup>.» Bor sospecha que el soberano Felipe II («sabía fingir muy bien») hacía abusó de la religión con fines políticos y no solamente en los Países Bajos. Incluso dice que

«[...] empleó su política de defensa de la religión católica y romana y de erradicación de las herejías como tapadera para conquistar los reinos de Francia y Inglaterra<sup>10</sup>.»

Bor dedica unas palabras especiales a Felipe II con la ocasión de su muerte y algunas de las características más recalçadas son el fervor religioso y el afán de dominio del monarca. El autor nombra igualmente algunas de las reliquias que rodeaban el lecho del rey durante sus últimos días de vida: el brazo de San Vicente Ferrer, su ataúd de cobre, una calavera con una coronilla y una fusta de su padre fallecido. Dichas reliquias hablaban al parecer muy fuertemente a la imaginación de los historiadores protestantes por su extravagancia y son descritas una y otra vez en sus escritos. Se veía la muerte mísera de Felipe II como un castigo de Dios («visitado por piojos y bichos») <sup>11</sup>.

En su obra *Historia de Bélgica o de los Países Bajos, de nuestros tiempos* (a partir de 1599), el autor, Emanuel van Meteren, muestra el mismo amor a la verdad que Bor <sup>12</sup>. Para algunos dicho amor a la verdad era por lo visto excesivo. Quizás debido en parte al difícil entendimiento entre Van Meteren y la iglesia reformista, se puede admitir que las ediciones de su obra (también en tiempos de la República) recibieron cierta censura a pesar del hecho de que él simpatizaba abiertamente con la Rebelión <sup>13</sup>.

Van Meteren se sorprende con la decisión de Carlos V de poner en manos de Felipe II los Países Bajos heredados: «él que todavía era joven, inexperto y no había nacido en esos dominios, él que no conocía su lengua y no tenía

<sup>9</sup> Pieter Bor, *Nederlantsche oorloghen, beroerten ende borgerlijcke oneenicheyden*, VI (1621), fol. 37.

<sup>10</sup> Pieter Bor, *Nederlantsche oorloghen, beroerten ende borgerlijcke oneenicheyden*, VI (1621), fol. 42; ídem. *Oorsprongck, begin en vervolgh der Nederlantsche Oorloghen, beroerten en borgerlyke oneenigheden*, IV (1684), fol. 472.

<sup>11</sup> Pieter Bor, *Nederlantsche oorloghen, beroerten ende borgerlijcke oneenicheyden*, VI (1621), fol. 40-42; ídem. *Oorsprongck, begin en vervolgh der Nederlantsche Oorloghen, beroerten en borgerlyke oneenigheden*, IV (1648), fols. 472-474.

<sup>12</sup> Emanuel van Meteren, *Belgische ofte Nederlantsche historie, van onsen tijden [...]* (Delft 1599), «Voorrede» (prólogo), fol. iii (4 diciembre 1598). La obra fue retocada con regularidad y fueron escritos añadidos apareciendo bajo diferentes títulos.

<sup>13</sup> R. Fruin, «De historien van Emanuel van Meteren» (Las historias de Emanuel van Meteren), en: ídem, *Verspreide Geschriften*, VII ('s Gravenhage 1903), 383-410; L. Brummel, *Twee ballingen 's lands tijdens onze Opstand tegen Spanje, Hugo Blotius (1534-1608) en Emanuel van Meteren (1535-1612)* ('s Gravenhage 1972); E. O. G. Haitsma Mulier y G. A. C. van der Lem (eds.), *Reperitorium van geschiedschrijvers in Nederland 1500-1800* ('s Gravenhage 1990), nr. 333.

tampoco ninguna sensibilidad para ello<sup>14</sup>.» Se le asigna al rey Felipe la muerte de su hijo Carlos, aunque el autor no descarta del todo la posibilidad de que la muerte fuera causada por una sobredosis de higos verdes<sup>15</sup>. Con la muerte del rey mismo, Van Meteren escribiría que «había sido Señor todopoderoso y influyente, habiendo sobrepasado en poder a todos sus súbditos». El opinaba igual que Bor que Felipe II abuso del catolicismo con fines políticos, para llegar a reinar como soberano absoluto. De carácter era:

«melancólico, callado y majestuoso en su porte. No se le podía comparar con su padre o antepasados en cuestión de inteligencia y razonamiento. Era aplicado, trabajador y le gustaba estar ocupado [...]. Tendía a ser melancólico, celoso, duro y recto, olvidaba con dificultad<sup>16</sup>.»

En la edición revisada de la obra de Van Meteren por parte de las autoridades, datando de 1635, se menciona además que Felipe II tampoco era querido en su propio país. El autor lo deduce del tono de los pasquines español es:

«El rey Felipe no fue muy querido por sus súbditos. No fue muy llorado y más bien temido y acatado. En España se atrevían publicar pasquines contra su persona, y he aquí un ejemplo: Si il rey non muore il reyno muore, eso es: si el rey no se muere rapidamente, su reino morirá<sup>17</sup>.»

Desde los comienzos de la historiografía sobre Felipe II encontramos los vestigios de la tan famosa *leyenda negra*. No es de extrañar que varias acusaciones de la *Apología* de Guillermo de Orange (diciembre 1580), probablemente redactada por el predicador de la corte el hugonote Hubert Languet, son acogidas en la historiografía. Desde muy pronto se encuentran referencias a las *Relaciones* publicadas por el ministro Antonio Pérez quien cayó en desgracia, dichas declaraciones fueron publicadas en París en el año 1592 y 1598 respectivamente<sup>18</sup>.

Esto sucede por ejemplo en *Historias más importantes en los Países Bajos y en otras partes*, obra escrita por Everard van Reyd (1550-1602). Van Reyd mismo asignaba a Pérez por ejemplo la acusación que Felipe II usaba el catolicismo para reforzar la monarquía pero que el rey personalmente: «tenía poco ape-

<sup>14</sup> Emanuel van Meteren, *Belgische ofte Nederlantsche historie* (1599), fol. vii.

<sup>15</sup> Emanuel van Meteren, *Belgische ofte Nederlantsche historie* (edición 1605), fol. 40.

<sup>16</sup> Emanuel van Meteren, *Belgische ofte Nederlantsche historie* (1599), fol. ccccxix.

<sup>17</sup> Emanuel van Meteren, *Belgische ofte Nederlantsche historie* (edición 1635), fol. 418.

<sup>18</sup> Comparar con K. W. Swart, «The Black Legend during the Eighty Years War», en: J. S. Bromley y E. H. Kosmann (eds), *Britain and the Netherlands V. Some political mythologies* ('s Gravenhage 1975), 37-57; H. de Schepper, «La "Guerra de Flandes". Una sinopsis de su leyenda negra», en: J. Lechner (ed.), *Contactos entre los Países Bajos y el mundo Ibérico* (Foro Hispánico n.º 3; Amsterdam/Atlanta 1992), 67-86.

go al catolicismo en el momento que veía más provecho en otro sitio»<sup>19</sup>. Everard van Reyd era un Calvinista convencido, y había mantenido siempre lazos muy estrechos con ambos hermanos de Guillermo de Orange, Juan y Guillermo Luis de Nassau. El mismo declaraba «haber seguido siempre de palabra y de obra el camino de la religión (reformista) y de la libertad, pero con la pluma la verdad»<sup>20</sup>.

Felipe es representado por Van Reyd como un tirano. Su muerte no es llorada por el autor: «[...] la muerte de un Potentado quien había sido obedecido por sus súbditos en la mayoría de los casos no por amor sino por coacción de Castillos y guarniciones»<sup>21</sup>. El lecho de muerte de Felipe II es descrito con precisión y de forma macabra. Se presta gran atención al uso oportunista que hizo el rey de la religión Romana, anteriormente mencionado por el autor, llegando a cometer muchas supuestas crueldades cubiertas bajo el manto de dicha religión. El rey sufrió terribles dolores y fue atemorizado por muchas enfermedades diferentes, cada cual por si sola mortal y insoportable. Esta descripción va acompañada por muchos detalles desagradables y no es de extrañar que Van Reyd ve en todo ello la mano de Dios. La vida y muerte del rey son comparados con la de Job y del rey Herodes<sup>22</sup>. Dichos paralelismos bíblicos son de hecho una costumbre enraizada en las obras históricas de los protestantes de los siglos dieciséis, diecisiete y dieciocho.

Del lado católico la atención recae sobre otros asuntos. Este es el caso de la obra de Franciscus Haraeus: *Declaraciones imparciales sobre las causas de la guerra de los Países Bajos desde los años 1566 hasta 1608* (1612)<sup>23</sup>. Haraeus (1555-1631) era sacerdote y nació en Utrecht pero su estancia permanente estaría en los Países Bajos Españoles. La obra *Declaraciones imparciales* llegó a ser más conocida en la República que la obra maestra de Haraeus escrita después, *Annales ducum seu principum Brabantiae totiusq. Belgii* (1623)<sup>24</sup>. Probablemente la causa del mayor reconocimiento de la obra temprana del autor fue el hecho de que la escribió para rebatir el tratado de Hugo Grotius del año 1610 (sobre este tratado daremos después más información)<sup>25</sup>.

<sup>19</sup> Everard van Reyd, *Voornaemste gheschiedenissen in de Nederlanden ende elders* (Amhem 1626). La tercera edición consultada es a la vez la primera edición completa bajo el título: *Oorspronck ende voortganck vande Nederlandsche Oorloghen* (Amsterdam 1644), fol. 518. Ver también De Schepper, «Felipe II visto por la historiografía [en Flandes]» l.c.

<sup>20</sup> Everard van Reyd, *Oorspronck ende voortganck vande Nederlantsche Oorloghen* (1644), «Voorrede» (prólogo), fol. 5vo.

<sup>21</sup> Everard van Reyd, *Oorspronck ende voortganck vande Nederlandsche Oorloghen* (1644), fols. 515-519.

<sup>22</sup> *Ibidem*.

<sup>23</sup> Franciscus Haraeus, *Onpartijdige verclaringhe der oorsaken des Nederlantsche oorloghs sedert t'jaer 1566 tot 1608 [...]* (Antwerpen 1612). Ver De Schepper, «Felipe II visto por la historiografía [en Flandes]» 225-227.

<sup>24</sup> Franciscus Haraeus, *Annales ducum seu principum Brabantiae totiusq. Belgii. Tomi tres [...]* (Antwerpen 1623).

<sup>25</sup> Haraeus, *Onpartijdige verclaringhe* (1612), fols. 31-47.

A diferencia de Grotius, Haraeus combate la legitimidad de la Rebelión de los Países Bajos, fundándose en el derecho heredado del rey sobre su territorio<sup>26</sup>. No solamente describe la figura de un Felipe II que defiende sus derechos legales de soberano sino que también la política en materia religiosa del rey recibe el apoyo del autor.

El príncipe había jurado durante su toma de posesión salvaguardar la religión Romana. Sobre la inquisición dice que en la mayoría de los casos no fue más que

«[...] hacer respetar los Edictos que su Señor Padre el emperador había puesto en marcha hace más de cincuenta años [...] bajo los consejos de los Estados Generales<sup>27</sup>.»

Los calvinistas impetuosos le habían acusado al rey Felipe de abusos en su política religiosa después de 1581, y se puede decir que Haraeus invierte la acusación. Para él la política de Guillermo de Orange intentando copiar el ejemplo alemán de paz religiosa no fue ni más ni menos que una artimaña, una primera fase en el camino a una hegemonía total del calvinismo<sup>28</sup>.

### 3. EJEMPLOS DEL SIGLO DIECISIETE: GROTIUS, HOOFT, STRADA Y VAN SPAAN

Con las obras de Pieter Corneliszoon Hooft (1581-1647) y Hugo Grotius (1583-1645) la historiografía humanista de las Provincias Unidas llega a su pleno florecimiento. Los dos autores se pusieron de forma incondicional al servicio de la construcción de la Patria. Era para ellos: «un deber sagrado proveer esta nueva y recién liberada Patria de una legitimación justificada<sup>29</sup>.» En el año 1610 publicó Grotius, quien dio en muchos terrenos muestras de su sabiduría y conocimiento, el tratado *Liber de antiquitate reipublicae Batavicae*. En dicha obra justifica tanto la Rebelión contra el príncipe legítimo Felipe II como el autogobierno aristocrático de los estados provinciales apoyándose en la supuesta libertad, forzada y muy discutible que los habitantes originales, los Bátavos hubieran tenido desde antaño. En la dedicatoria a los Estados holandeses del tratado ya compara la lucha para la libertad de los Batavos contra los Romanos explícitamente con la oposición contra el poder español («poder que más se

<sup>26</sup> Haraeus, *Onpartijdige verclaringhe* (1612), fols. 42-47.

<sup>27</sup> Haraeus, *Onpartijdige verclaringhe* (1612), fol. 16.

<sup>28</sup> Haraeus, *Onpartijdige verclaringhe* (1612), fols. 13-19.

<sup>29</sup> C. S. M. Rademaker. «Het Athenaeum Illustre en de geschiedbeoefening in onze Gouden Eeuw» (El Athenaeum Illustre y la historia en nuestro Siglo de Oro), en: *Theoretische geschiedenis* 10 (1983) 3, 263-264.

asemeja a la ambición Romana»<sup>30</sup>. El autor reforzaba de esta manera un mito ya existente en la historiografía, mito que tenía una vida propia hasta bien entrado el siglo dieciocho<sup>31</sup>. La imagen dada de Felipe II, producto de su educación española, fue de «alguien que solamente se contentaba con el poder absoluto y la de una persona que odiaba a todas las Naciones que dictaban la ley a sus soberanos»<sup>32</sup>. Con su obra póstuma: *Annales et Historiae de rebus Belgicis* (1657), el título se refiere naturalmente a Tacito, Grotius se acerca todavía más directamente a la historia de su propia época. Felipe II y el Príncipe de Orange se convierten en dicha obra en los verdaderos protagonistas del gran drama contemporáneo. Ambos antagonistas representaban en opinión del autor valores muy distintos, en realidad se trataba de una lucha entre la intolerancia y la lenidad. Sin embargo hay que destacar que el autor mismo adapta una postura más imbuida del espíritu moderado Erasmista como hombre y *in religiosis* que Everard van Reyd, a pesar de considerar la Rebelión como una lucha para la libertad legitimada desde el punto de vista político. Como bien indica su juicio sobre la figura del duque de Parma, Alejandro Farnesio, Grotius sabe apreciar el poder estatal y las cualidades militares de los líderes españoles, favorables al rey<sup>33</sup>.

Con *Las Historias Neerlandesas* (1642-1654) Hooft, hijo del alcalde de Amsterdam, la historiografía dramática llegó a su punto más alto, relatando la primera fase de la Rebelión de los Países Bajos (el autor cierra su relato con la salida del gobernador Leicester en 1587, Leicester fue mandado por Isabel de Inglaterra)<sup>34</sup>. Hooft defendía la idea del monarca bueno que era tolerante, estando por encima de los partidos. Este ideal, según Hooft lo representaba Enrique IV de Francia<sup>35</sup>. El ambicioso Felipe II, con su ciega intolerancia *in reli-*

<sup>30</sup> Hugo Grotius, *Liber de antiquitate reipublicae Batavae* (Lugduni Batavorum 1610). Apareció inmediatamente después con el título en Neerlandés: *Tractaet van de oudtheyt vande Batavische, nu Hollantsche Republique* (Leiden 1610), ver en la dedicatoria «A los muy ilustres Señores, mis Señores de los Estados de Holanda y de Frisia occidental».

<sup>31</sup> A. E. M. Janssen, «Grotius als Geschichtsschreiber», en *The World of Hugo Grotius (1583-1645)* (Amsterdam/Maarssen 1984), 161-178; aquí 167-174; L. H. M. Wessels, *Bron, waarheid en de verandering der tijden. Jan Wagenaar (1709-1773), een historiografische studie* ('s Gravenhage 1997), 102-127.

<sup>32</sup> Grotius, *Tractaet van de oudtheyt vande Batavische, nu Hollantsche Republique* (1610), capítulo VI.

<sup>33</sup> Hugo Grotius, *Annales et Historiae de rebus Belgicis* (primera edición Amstelaedami 1657); Janssen, «Grotius als Geschichtsschreiber», 172-178, y también en las referencias a Alejandro Farnesio (*Historiae*, 169-170).

<sup>34</sup> P. C. Hooft, *Neederlandsche Histoorien, sedert de ooverdraght der heerschappye van kaizar Karel den Vyfden, op kooning Philips zynen zoon* (primera edición: Amsterdam 1642); Idem, *Vervolgh der Neederlandsche Historien [...]* (primera edición, Amsterdam 1654). Comparar S. Groenvelt, *Hooft als historieschrijver, Twee studies* (Weesp 1981); E. O. G. Haitsma Mulier, «Grotius, Hooft and the writing of history in the Dutch Republic», en: Duke y Tamse (eds.), *Clio's mirror. Historiography in Britain and the Netherlands*, VIII, 55-72.

<sup>35</sup> P. C. Hooft, *Hendrik de Grote, Zyn leven en bedryf* (primera edición: Amsterdam 1626).

giosis, formaba en muchos aspectos el antípodo. El rey español hasta aparece en las cartas de Hooft con mucha frecuencia, y raras veces es descrito de manera benévola. En una carta dirigida a Constantijn Huygens, Hooft insiste en rectificar las palabras escritas por Conestaggio, quién había afirmado que no se produjeron persecuciones por razones de fe en tiempos de Felipe<sup>36</sup>. Hooft no fue tampoco partidario de la idea de que el rey tenía poca culpa de los disturbios en Flandes dando la responsabilidad de lo sucedido a los malos consejeros. Así por ejemplo dice que Diego de Espinosa, «Inquisidor Mayor», quien había aconsejado al rey de iniciar la guerra un poco antes de la llegada del duque de Alba era el mismo hombre que más tarde conseguiría el puesto de cardenal siendo considerado como un favorito de Felipe<sup>37</sup>. Con anterioridad, en 1609, Hooft había hecho referencias en abundancia al mandato derrochador de Felipe II. «Los tesoros Indios no tenían la oportunidad de permanecer durante mucho tiempo en las arcas del Rey.» Además «el soberano español había agotado los recursos del dominio floreciente de su padre el Emperador Carlos por culpa de sus guerras constantes en Italia, los Países Bajos y en Francia». Los súbditos, según Hooft, tanto en España como los de ultramar solamente tenían un deseo: *Nulla salus bello. Pacem te poscimus omnes*, empleando una referencia de Virgilio<sup>38</sup>.

El jesuita y catedrático Romano, Famiano Strada (1572-1649) había disfrutado igual que Hooft una excelente educación humanista. Por invitación y con la ayuda de Alejandro Farnesio, quién le proporcionó un gran número de legajos, escribió *De bello Belgico deca des duae, 1555-1590*<sup>39</sup>. La obra que es muy benévola en su juicio sobre el papel histórico jugado por Margareta y Alejandro de Parma, disfrutó desde muy pronto de la atención de los habitantes de las Provincias Unidas. En 1655, apareció en Dordrecht una traducción al flamenco bajo el título (trad.) *Guerras de los Países Bajos*, eso fue en el momento que ya no gobernaba en la provincia Holanda ni en cuatro otras un estatúder Orangista<sup>40</sup>.

Con su bagaje cultural, Strada era un católico convencido pero así y todo no fue considerado en la República como un Pro español ista declarado. El autor está convencido de la honestidad con la cual el rey defendía la religión católica<sup>41</sup>. El opina, en cambio, que los rebeldes llamaban bajo «la apariencia de religiosidad» a la «insurrección» contra «la autoridad Pública y el poder de los

<sup>36</sup> Carta de P. C. Hooft a C. Huygens, Amsterdam, diciembre 1630/enero 1631, en: H. W. van Tricht (ed.), *De briefwisseling van Pieter Corneliszoon Hooft*. II (Culemborg 1977), nr. 422.

<sup>37</sup> Carta de P. C. Hooft a J. Baek, Muyden, 15 de mayo de 1631, en: *ibidem*, II, nr. 442.

<sup>38</sup> Carta de P. C. Hooft a (?) P. J. Hooft, Amsterdam, marzo 1609, en: *ibidem*, I (Culemborg 1976), nr. 15. Comparar Vergilius, Aeneis, XI, 362.

<sup>39</sup> Famianus Strada, *De bello Belgico deca des duae, 1555-1590*, 2 tomos (Roma 1632, 1647).

<sup>40</sup> Famianus Strada, *De thien eerste boecken der Nederlandtsche oorloge [...]*, respectivamente *Het tweede deel der Nederlandtsche oorlogen [...]*, 2 tomos (Dordrecht 1655).

<sup>41</sup> Strada, *Nederlandtsche oorlogen* (1655), I, fols. 130-131. 212-213, 475-476.

Señores y Príncipes»<sup>42</sup>. El autor condena sobre todo la postura adoptada por la nobleza natural por haberse juntado al pueblo en contra del rey con el propósito de «buscar el beneficio propio de manera más segura»<sup>43</sup>. Sobre todo Guillermo de Oranje es acusado con vehemencia. Strada le ve como un hombre «sagaz» y «malicioso», como «primer cabecilla» y como «instigador de la guerra». Ha violado demasiado la confianza del rey y Felipe II editó con plena razón y derecho el *Destierro* contra él en 1580. La muerte de Guillermo de Orange es señalada como un suceso favorable para los españoles<sup>44</sup>.

La muerte del hijo de Felipe, Carlos de Austria es atribuida a una enfermedad. El autor desea refutar «razones falsas de su muerte» (como podía ser el infanticidio apuntado en la *Apología* del de Orange). Pieter Bor a su vez había lamentado la muerte de Carlos («que tenía en gran estima los Países Bajos») y recordaba la supuesta inscripción en su tumba: «Aquí yace el que deseaba decir la verdad, fallecido sin haber estado enfermo»<sup>45</sup>.

Igual que Van Meteren, Bor y Van Reyd, Strada prefirió contrastar la imagen de Carlos V y Felipe II como método retórico por excelencia. El emperador trataba

«con los alto alemanes como un alto alemán, con los italianos como un italiano, con los españoles como un español y con los flamencos como un flamenco [...] Pero Philippus, en cambio, quería ser considerado por todos como un verdadero y originario español»<sup>46</sup>.

En las Provincias Unidas la imagen común de Felipe II estaba fuertemente influenciada por los escritos propagandísticos de los primeros calvinistas hasta mucho después de la Paz de 1648. Sobre todo en la historiografía local siguió existiendo de forma pertinaz un oscurantismo populizador. Sin duda esta persistencia se debía a los fines comerciales de los autores ya que el público amplio quería los detalles sórdidos y extravagantes. Gerard van Spaan (1651-1711), por ejemplo, con el fin de describir la figura de Felipe II, volvería a los viejos tópicos en una obra llamada (trad.): *Descripción de Rotterdam y algunos pueblos colindantes* (1698). La obra ofrece escenas desagradables y acusaciones procedentes de las muchas filípicas que eran los panfletos contemporáneos de los opositores del rey; como ya habían sido reflejados en la historiografía de Van Reyd. El autor da una extensa atención a la muerte de Carlos, hijo del rey, en la cual el padre estaría directamente involucrado. A Felipe II se le acusa igualmente de ser el responsable directo de la inquisición porque se dejó aconsejar con ple-

<sup>42</sup> Strada, *Nederlandsche oorlogen* (1655), I, fol. 97.

<sup>43</sup> Strada, *Nederlandsche oorlogen* (1655), I, fol. 95.

<sup>44</sup> Strada, *Nederlandsche oorlogen* (1655), II, fols. 223, 357-361.

<sup>45</sup> Strada, *Nederlandsche oorlogen* (1655), I, fols. 444-452; Pieter Bor, *Oorspronck, begin en vervolg der Nederlandsche oorlogen, beroerten en borgerlyke oneenigheden*, IV (1684), fol. 474.

<sup>46</sup> Strada, *Nederlandsche oorlogen* (1655), I, fol. 100.

na conciencia por los mandatarios de la iglesia, como también pasó con el envenenamiento de Carlos <sup>47</sup>. Ya con la toma del poder en 1555, Felipe II adoptó una postura severa a diferencia de Carlos V. El autor dice que el rey tenía a los Países Bajos en un puño, y que «el puño del rey era más gordo que la espalda de su padre» <sup>48</sup>. La muerte del rey español no es descrita de manera encumbrada, «su enfermedad era tan miserable que el cuerpo del rey parecía un monstruo del mundo». También Van Spaan se refiere en lo siguiente a los atributos extravagantes con los cuales fueron rodeados el lecho de muerte: «una calavera con una corona de oro, su ataúd de cobre [...] y una fusta con la sangre de su padre <sup>49</sup>.»

#### 4. LA LUCHA POR LA LIBERACIÓN NACIONAL: WAGENAAR

En los últimos decenios alrededor de 1700 se produjo en Europa una creciente profesionalización en el terreno de la historia. Creció el interés en la investigación auténtica, nuevos conceptos metodológicos ganaron terreno, las ciencias auxiliares como la paleografía florecieron y aparecieron importantes publicaciones de fuentes <sup>50</sup>. El nuevo desarrollo en el terreno de la práctica histórica también se manifestó en la República de las Provincias Unidas, como es el caso de las obras de Antonius Matthaeus, Gerard van Loon y Frans van Mieris. Es de notar que los capítulos más cargados de la historia autóctona reciben igualmente un trato más imparcial en su estudio y interpretación. La idea apologetica defendida por Grotius sobre la libertad vetusta de los Batavos pierde terreno y vigencia. Gerard van Loon (1683-1758), historiador católico, incluso habla de forma áspera sobre la «pretendida libertad de los Batavos» o «su pretendido Estado libre» <sup>51</sup>. También el historiador, quizás más prestigioso del siglo dieciocho, Jan Wagenaar (1709-1773) de Amsterdam se opone de forma resoluta al punto de vista que los viejos Batavos habían sido siempre un pueblo libre. El constata que según las fuentes disponibles más bien se podía hablar de lo contrario. Wagenaar no quería en absoluto justificar con argumentos apoyados en esta supuesta antigua libertad la Rebelión contra Felipe II <sup>52</sup>.

La obra de 21 tomos de Wagenaar llevaba el título de: *Historia Patriótica*,

<sup>47</sup> Gerard van Spaan, *Beschryvinge der stad Rotterdam [...] (Rotterdam 1698; fue consultada la tercera edición: Rotterdam 1738)*, 149-154.

<sup>48</sup> Van Spaan, *Beschryvinge der stad Rotterdam (1738)*, 147.

<sup>49</sup> Van Spaan, *Beschryvinge der stad Rotterdam (1738)*, 157-158.

<sup>50</sup> Un buen sumario se encuentra en Eduard Fueter, *Geschichte der neueren Historiographie* (edición renovada: Zurich 1985), 307-334; R. De Schryver, *Historiografie. Vijfentwintig eeuwen geschiedschrijving van West-Europa* (segunda edición aumentada: Leuven 1994), 229-260.

<sup>51</sup> Gerard van Loon, *Beshryving der aloude regeeringswyze van Holland*, por ejemplo tomo I (Leiden 1744), «Voorbericht» (prólogo) y tomo III (1745), iii-xxviii.

<sup>52</sup> Jan Wagenaar, *Vaderlandsche Historie, vervattende de geschiedenissen der Vereenigde Nederlanden, inzonderheid die van Holland, van de vroegste tyden af*, 21 tomos (Amsterdam 1749-1759), aquí tomo I, prólogo y pp. 29-36.

comprendiendo las historias de los Países Bajos Unidos, especialmente la de Holanda, desde los primeros tiempos, y apareció entre 1749 y 1759<sup>53</sup>. Fue el primer compendio en el cual se intentó dar una imagen de toda la historia patriótica de manera inteligible. La obra tuvo un gran éxito hasta bien entrada el siglo diecinueve. El intento del autor de acercarse de forma imparcial a los hechos sin duda aportó mucho a su enorme popularidad, y seguramente el deseo de escribir «la historia del pueblo» y no la de sus gobernantes no hizo más que aumentar el interés de su lectura. Es sin embargo irrefutable que la alta cifra en ventas se debía a las reacciones entusiásticas de sus contemporáneas por haber aportado la primera identidad histórica propia a la confederación relativamente joven de las Siete Repúblicas de los Países Bajos Unidos. El *Leitmotiv* que empleaba el autor para conseguir su propósito fue el ansia de *libertad continuada* de los holandeses, a lo largo de los siglos. El había presentado su obra *expressis verbis* como «una historia de la Libertad Patriótica, libertad que sufrió vejación, opresión, para después resurgir y triunfar»<sup>54</sup>.

Wagenaar sitúa la inauguración de Felipe II como soberano de los Países Bajos (1555) como el punto de partida natural de la historia moderna del país. Al introducir esta época el autor aprovecha inmediatamente la oportunidad para comparar la política llevada a cabo por el recién iniciado príncipe con la de su padre, el emperador Carlos V. Opina que ambos intentaron practicar «un gobierno absoluto y arbitrario sobre los dominios de los Países Bajos». Carlos había provocado ya gran resistencia con esta política: «jamás se habían oído tantas quejas en los Estados del país sobre la vulneración continua de los derechos y libertades del pueblo como bajo el régimen de Carlos.»

La expansión de la reforma religiosa fue una espina clavada para el emperador. El emperador temía, según Wagenaar, que dicha reforma pudiera también ser *in politicis* un elemento de secesión. Hay que reconocer que en Alemania hubo «varios príncipes que se habían alzado juntos contra el poder imperial» y no era imposible que también en los Países Bajos los Calvinistas recibieran ayuda de los reformados franceses y de soberanos alemanes protestantes. La reacción del emperador Carlos contra la novedad religiosa fue contundente, esto queda patente en los «varios placcartes (ordenanzas) mordaces» expedidos sobre la aplicación de la inquisición, incluso después de que Alemania adquiriera «libertad religiosa».

En el fondo Felipe II no hizo más que seguir el camino emprendido por su padre y al principio incluso emplearía los mismo medios, pero —así es la conclusión del autor— con mucho menos prudencia:

<sup>53</sup> L. H. M. Wessels, «Jan Wagenaar (1709-1773). Dutch historian», en: Lucjan Boja y Georg G. Iggers (eds.), *Great Historians. An international dictionary* (New York/London 1989), 100-102; idem, *Bron, waarheid en de verandering der tijden*, *passim*.

<sup>54</sup> En el «Prólogo» del tomo I (1749), vi-viii. Comparar Wessels, *Bron, waarheid en de verandering der tijden*, 62-71, 178-287.

«Pero Carlos empleó estos medios con más prudencia, y con más moderación. Él conocía mejor a los holandeses que Felipe, y sabía que era mejor llevarles a la obediencia paso a paso de manera suave y paulatina<sup>55</sup>.»

El dato aducido sobre el menor conocimiento del carácter de los habitantes de los Países Bajos por parte de Felipe, o que en todo caso de que Felipe II les sabía tratar peor que su padre, fue un tema clásico explotado en la cultura panfletista del siglo dieciséis. Desde el inicio de la historiografía se ha seguido desarrollando este contraste y lo hemos encontrado en escritos holandeses de hoy en día. Los autores no se cansan en decir que Carlos que había nacido aquí (en Gante) había disfrutado de manera sustancial una educación «flamenca» y el rey Felipe era en realidad un «extranjero». No solamente la educación de Felipe II sino su comportamiento y forma de pensar de forma general eran considerados como rigurosamente español y rigurosamente católico. La ausencia del rey en los Países Bajos levantaba a menudo fuertes críticas aunque normalmente de manera más indirecta.

Además hubo muchos escritores de panfletos del siglo dieciséis que simpatizaban con los rebeldes, hasta el año 1580, que habían defendido la contradicción entre el soberano bueno en la lejana España, que en muchos aspectos no conocía las desventuras de sus súbditos flamencos y sus malos consejeros. Eran los colaboradores descarrilados del rey y no él los primeros responsables del transcurso de los acontecimientos<sup>56</sup>. Es cuando Felipe II proclama la proscripción (1580) de Guillermo de Orange y cuando se produjeron los primeros pasos formales para desobedecer al rey, que los ataques contra este último se hacen cada vez más personales y duros.

En la obra de Wagenaar, que ofrece una retrospectiva un siglo y medio después de lo ocurrido, queda poco del *topoi* del rey maleado que vivía los acontecimientos desde lejos y que fue mal informado por sus súbditos y consejeros. Para Wagenaar son justamente la personalidad, el carácter y el gobierno del rey los factores esenciales para explicar la creciente animosidad y el alejamiento producido entre el Gobernador y una parte importante de sus súbditos en los Países Bajos. Wagenaar sin embargo no se expresa, como muchos de sus antecesores testigos de lo ocurrido, con palabras tan duras, su lenguaje es más ecuánime. Pero el fracaso del gobierno de Felipe II no deja de ser la culpa exclusiva del carácter del rey para nuestro historiador del siglo dieciocho «la severidad y crueldad de Felipe y de sus funcionarios de Estado [...], llevó a la pérdida definitiva de parte de las regiones».

Aquí señala Wagenaar la frustración sentida por los nobles del país al verse excluidos paulatinamente del gobierno cada vez más centralista. El autor reconoce sin embargo que dicho desarrollo se produjo ya bajo los duques de Bor-

<sup>55</sup> *Vaderlandsche Historie*, VI (1751), 3-5.

<sup>56</sup> Geurts, *Nederlandse Opstand*. 131-135, 158 et al.; De Schepper, «Leyenda Negra», 68-78.

goña: «Los cargos importantes fueron dados a extranjeros, los cuales oprimían al pueblo con el afán de ensalzar el poder de soberano.» El autor reconoce abiertamente que Felipe II llevaba la responsabilidad más grande cuando con ocasión de su salida a España (1559) nombra en contra del deseo expreso de los Estados Generales solamente «extranjeros en el gobierno» y es más también estaciona «gentes de guerra extraña»<sup>57</sup>.

Wagenaar dedica un extenso pasaje al Felipe II en su *Historia Patriótica* con ocasión de su muerte:

«Su paciencia, laboriosidad y entendimiento de las acciones más secretas de otros soberanos, unidos a su religiosidad son apreciados por muchos. Pero no vacilaba sobrepasar los límites de la benevolencia cuando su afán de dominio lo requería. Fue igualmente odioso, desconfiado y fingido en su comportamiento. Sus víctimas le han culpado de crueldad inhumana y de tendencias asesinas y han explicado su enfermedad final como el castigo por haber matado a su hijo y esposa. Le comparan con Antíoco Epifanes, Herodes y otros monstruos de la antigüedad; sin pensar que también muchos hombres afamados y honestos han sido llevados de esta vida por la misma enfermedad repugnante. El rey llegó a pensar que poco tenía que perder en sus dominios de los Países Bajos, siguiendo el concepto aprendido desde su infancia de que los habitantes querían mantener una absoluta independencia de su soberano y que estaban maleados por la herejía. Esto le hacía ser irreconciliable y empujó a muchos a sustraerse de su autoridad. Muchos habitantes humildes de las Provincias Unidas seguían, sin embargo, pensando que no podían renegar de su rey por muy difícil que eso podía resultarles. Es con su muerte que se sintieron libres de dicho juramento (de obediencia)<sup>58</sup>.»

Wagenaar se consideraba un historiador moderno. El optó por un acercamiento empírico a la historiografía, bajo la influencia del desarrollo fulminante de las ciencias naturales en los años 1700, de los cuales Newton era un gran ejemplo. Él recalca que un historiador fidedigno tenía que ir en busca de materiales originales, preferiblemente piezas o escritos de contemporáneos que habían vivido los acontecimientos históricos de cerca, pero eso si avisa del gran peligro del un posible partidismo. Él mismo emplea muchas fuentes auténticas, incluso hasta manuscritos pero hay que reconocer que se trata preferentemente de documentos procedentes de protestantes (moderados) y menor grado del católico *casu quo español*<sup>59</sup>. Resulta muy significativo que se citan 842 veces las resoluciones de los Estados de Holanda solamente por el periodo de 1555-1609. Así y todo Wagenaar mantenía, por razones de principio, que un historiador debía estar a la altura de los documentos existentes del lado con-

<sup>57</sup> *Vaderlandsche Historie*, I (1749), «Voorrede» (prólogo), xxxviii-xxxix; *ibidem*, VI (1752), 49-56.

<sup>58</sup> *Vaderlandsche Historie*, IX (1753), 16-19.

<sup>59</sup> La obra *Vaderlandsche Historie* (21 tomos) recoge un total de alrededor 31.000 referencias.

trario siempre en cuanto eran fidedignos. Él apreciaba mucho el *Epistolae y Vita* (en total hay 172 referencias a estas obras) del servidor del rey Viglius de Aytta, jefe presidente del Consejo Secreto en Bruselas («Viglius a pesar de su simpatía por los españoles mantuvo una postura moderada en asuntos de religión y gobierno»). También usa como fuente la obra de Juan Bautista de Tassis (hace 30 referencias) quién había operado como político, diplomático y militar al servicio de España en Flandes<sup>60</sup>.

Wagenaar siguió la tradición historiográfica consciente de lo que sus antecesores historiadores habían publicado sobre la Rebelión. Hizo un uso relativamente escaso de los obras históricas y los panfletos de autores calvinistas ortodoxos. Los escritos de visión más moderada y menos explícitamente partidista tenían su preferencia. La gran obra histórica de Pieter Bor recibe el mayor aprecio. Por ejemplo su *Origen, comienzo y consecuencias de las Guerras en los Países Bajos* es citado 1.349 veces, Emanuel van Meteren recibe 351 referencias, mientras Everard van Reyd es citado solamente 126 veces. Por motivos de imparcialidad Wagenaar deseaba consultar igualmente historiadores católicos y «los mejores realistas». Cita *Historia Belgica* (1629), obra de Nicolaus Burgundius, 62 veces y la obra conocida de Strada *De bello Belgico* es evocada 111 veces<sup>61</sup>.

La tendencia moderada de Wagenaar no se debía solamente a sus principios historiográficos sino también al tipo de fuentes historiográficas consultadas. Eso no quiere decir que Wagenaar no corroboraba la visión de los rebeldes aunque sea con palabras moderadas, sino que no encontramos en su obra el tono violento de los panfletistas calvinistas del XVI. Wagenaar legitima sin dudar la lucha de las regiones rebeldes, pero no basándose en el mito antiguo de los Batavos sino en la vulneración de las viejas libertades y los privilegios del pueblo ya que el soberano había jurado respetarlas en su inauguración en 1555 como príncipe-como duque de las provincias Brabante y Gelre, conde de Flandes, Holanda y Zelanda etc.<sup>62</sup>. Él cita en su *Historia Patriótica* de manera extensa la introducción del *Acta de Recusación*, en el cual las regiones rebeldes rehusan obedecer a su legítimo príncipe Felipe II:

«[...] que el pueblo no ha sido creado para el monarca, sino el monarca para el pueblo; que un monarca que trata sus súbditos como esclavos es tenido por un tirano; y puede ser expulsado libremente, con la decisión tomada legítimamente por los Estados del país cuando no les quedó ningún medio más para guardar su libertad. Que esto debía suceder en los Países Bajos porque el monarca había pro-

<sup>60</sup> Estos datos son prestados de Wessels, *Bron, waarheid en de verandering der tijden*, 152-153, 161, 167, 170-171, 174.

<sup>61</sup> Wessels, *Bron, waarheid en de verandering der tijden*, 160-178, 543-554.

<sup>62</sup> Por ejemplo *Vaderlandsche Historie*, I (1749), «Voorrede» (prólogo), xxxix-xli. Después de nuevo en Jan Wagenaar, *Amsterdam in zyne opkomst, aanwas, geschiedenis [...] beschreeven*, I (Amsterdam 1760; edición en folio), 257-258, 263.

metido bajo juramento gobernar en dichas condiciones, con la pérdida de su mandato como castigo<sup>63</sup>.»

Wagenaar mencionó además que el líder de los rebeldes, el príncipe Guillermo de Orange se «había convertido en odiado por medio del *Acta de Recusación*, porque varios monarcas europeos temían por su posición si los súbditos obtenían el derecho de destronarles. Estos monarcas se olvidaban que este derecho no era vigente si los soberanos gobernaban bien, sino que solamente cuando ellos rompiesen la alianza pactada con sus súbditos»<sup>64</sup>.

La Rebelión se había iniciado por lo tanto como una oposición legítima contra la vulneración de los privilegios jurados por parte de monarca, pero la visión creció hasta alcanzar la verdadera lucha de liberación nacional culminando en la independencia en 1648. Esta independencia es vista por el autor como el fruto obtenido por medio «de las armas» y gracias al mérito de los holandeses<sup>65</sup>. No había necesidad de basarse en argumentos rebuscados que se fundaban en un pasado desdibujado, como lo hizo Grotius en su *Tratado*. Wagenaar defiende además que la lucha por la libertad, sobre todo por parte de Guillermo de Orange, no se limitaba a la libertad política. Se quería conseguir también libertad de religión y de conciencia, un punto de vista que él defiende en una carta datada en 1772 y dirigida al historiador Zelandés Jona Willem te Water. Dice en la carta acerca de la diferencia en la interpretación de un párrafo de la obra del historiador holandés del siglo XVII, Gerard Brandt:

«Los expatriados (rebeldes), como escribe Brandt, habían luchado por la libertad; pero hay que incluir también la libertad religiosa. Por esta razón el príncipe Guillermo de Orange eligió como título de sus armas las palabras: libertad de la Patria y de conciencia<sup>66</sup>.»

Con otras palabras, el motivo de la Guerra de Flandes no era exclusivamente *haec religionis ergo* (como habían defendido los calvinistas ortodoxos) sino también *haec libertatis ergo*.

## 5. ROMANTICISMO: HELMERS, TOLLENS Y BILDERDIJK

Como reacción contra la hegemonía Franco-Napoleónica en los decenios próximos al año 1800, se produjo una reorientación en los Países Bajos, ya que

<sup>63</sup> *Vaderlandsche Historie*, VII (1752), 391-394.

<sup>64</sup> *Vaderlandsche Historie*, VII (1752), 397.

<sup>65</sup> *Vaderlandsche Historie*, I (1749), «Voorrede» (prólogo), xxxiv-xxxv.

<sup>66</sup> Carta de J. Wagenaar dirigida a J. W. te Water, Amsterdam, junio 1772, en: P. Huisinga Bakker. *Het leven van Jan Wagenaar. Benevens eenige Brieven van en aan denzelven* (Amsterdam 1776), 188-190.

dicha hegemonía había puesto fin a los particularismos de la República de los Países Bajos Unidos. Dicha reordenación se produjo con el afán de buscar una identidad propia de la herencia nacional. Bajo la influencia del romanticismo se produjo una importante «historización» de la vida cultural en diferentes terrenos<sup>67</sup>. Por primera vez se creó algo como una pintura de historia nacional, mientras los poetas Hendrik Tollens (1780-1856) y Jan Frederik Helmers (1767-1813) cantaban en versos «sublimes» la grandeza del pasado de la patria. Tollens compuso en 1817 la *Canción popular*, al mismo tiempo que Helmers editó *La Nación Holandesa* (1812), un poema épico-lírico de gran envergadura compuesto de seis cantos y que fue reimpreso varias veces. *La Nación Holandesa* evoca una y otra vez reminiscencias de la historia heroica holandesa con palabras altisonantes. Se exulta la ejemplaridad de las virtudes de sus habitantes para después apreciar el valor heroico en el mar y tierra, la navegación, las ciencias y las artes plásticas. Las figuras estilísticas empleadas junto a los hipérbolos hacen pensar de forma inconsciente en la retórica propagandística de la cultura panfletista del siglo dieciséis. No se evitan metáforas violentas, y el uso de los contrastes resulta demasiado efectivo para dejarlo aparte, sobre todo donde se trata del héroe nacional, Guillermo de Orange (*terror de España, nuestro honor, fama y esplendor*<sup>68</sup>) a quién se opone el presunto tirano odiado Felipe II y su secuaz Alba:

«El tirano español Felipe, orgulloso de sus gigantescos poderes,  
se atreve a despreciar al pueblo de los Países Bajos.  
“¿Como?! Puede ofrecerle resistencia una ilusión efímera!  
“A mi! El que tiene arrodillados el este y el Oeste a mis pies!  
“Son un pueblo fanático de libertad, derecho y leyes,  
“Y osan revolcarse contra mi? Ea, les aplastaré:  
“Que perezcan en su sangre” - Así habla él, en esta lengua,  
Que retumba en su boca, atravesando el Escorial!  
Hasta el precipicio oye este grito! Y escupe sus fantasmas infernales.  
Violencia, traición, y engaño salidos de sus mazmorras,  
habitan el corazón de Alba, quien se apresura hacia estas tierras,  
Viene acompañado por el asesinato, la coacción moral y el despotismo<sup>69</sup>.»

En el terreno de la puesta en práctica de la historia, el personaje más destacado representando el Romanticismo holandés es Willem Bilderdijk (1756-1831). Su *Historia de la Patria* (13 tomos, 1832-1853) está construida en su mayor parte sobre una supuesta polémica incesante sobre la *Historia Patrióti-*

<sup>67</sup> Ver por ejemplo J. Tollebeek, F. Ankersmit y W. Krul (eds.), *Romantiek en historische cultuur* (Groningen—Groninga—1996).

<sup>68</sup> J. F. Helmers, *De Hollandsche Natie, in zes zangen* ('s Gravenhage 1817: primera edición 1812), 60.

<sup>69</sup> Helmers, *De Hollandsche Natie* (1817), 43.

ca de Wagenaar, con el cual Bilderdijk no estaba de acuerdo en la mayoría de las más relevantes opiniones. También en los principios empleados había grandes diferencias mutuas. Como legitimista y convencido seguidor del Reino de los Países Bajos (*le Royaume des Belghiques*), creado en 1813-1814 (al que también pertenecían los antiguos Países Bajos austriacos y el obispado-principado de Lieja), bajo la monarquía centralista de la casa de Orange, tenía muchas críticas sobre el acercamiento libertino de Wagenaar. Es por esta razón que el autor desea escribir «un ensayo y crítica de la obra de Wagenaar [...] para desmascarar los propósitos torcidos»<sup>70</sup>.

Sobre la posición del derecho político adoptado por Felipe, Bilderdijk está claramente influenciado por los trabajos anteriores de juristas y historiadores del derecho como eran Ulrich Huber, Friedrich Pestel y Adriaan Kluit. Este último había defendido en *La historia del gobierno del Estado Holandés* (1802-1805) el punto de vista que el soberano en persona de duque o conde había poseído originalmente una absoluta soberanía. La Rebelión, por lo tanto solamente podía ser justificada desde el derecho natural y no apoyándose en argumentos históricos o de derecho positivo *in casu* por señalar la vulneración de los privilegios (como era la *Fausta Entrada*) por parte del mandatario<sup>71</sup>.

En la *Historia de la Patria* Felipe II figura como un príncipe soberano quien en consonancia con el derecho de estado vigente reaccionó contra la Guerra de Flandes:

«Felipe obró según su conciencia y su convicción. Los flamencos en cambio, se hicieron culpables de una Rebelión contra el Rey y la Iglesia, y se escudaban equivocadamente en los derechos que les fueron asignados<sup>72</sup>.»

Por lo que es el juicio sobre la persona y las características de Felipe, Bilderdijk toma el punto de vista tradicional. También él culpa al rey de la responsabilidad de la muerte de Don Carlos y recalca que:

«Felipe II, educado en España, español de pura cepa, estaba lleno de prejuicios sobre los flamencos. Su orgullo y aspereza no toleraban el carácter abier-

<sup>70</sup> Willem Bilderdijk, *Geschiedenis des Vaderlands*, 13 tomos (Amsterdam 1832-1853), aquí tomo I, 82. Comparar Wessels *Bron, waarheid en de verandering der tijden*, 7-9, 263-266.

<sup>71</sup> Adriaan Kluit, *Historie der Hollandsche Staatsregering, tot aan het jaar 1795*, 5 tomos (Amsterdam 1802-1805). Comparar L. H. M. Wessels, «Overheden en verleden in het tweede tijdvak. Historie, Verlichting en Revolutie», en: Th. S. M. van der Zee, J. G. M. M. Rosendaal en P. G. B. Thissen, *1787. De Nederlandse revolutie?* (Amsterdam 1988), 218-245; L. H. M. Wessels, «Tradition et Lumières in politicis. Quelques remarques sur argumentation et position idéologique des Patriotes aux Provinces-Unies à l'aube de la Révolution», en: *Documentatieblad Achttiende Eeuw* 19 (1987)2, 171-192.

<sup>72</sup> Bilderdijk, *Geschiedenis des Vaderlands*, XIII (1851), 15-21. Comparar *ibidem*, VII (1835), 32-37.

to y el desenfado en la moralidad. Su frialdad repugnaba a los flamencos pero a los español es les sugería esta supuesta solemnidad un gran interés<sup>73</sup>.»

Cuando describe de manera objetiva el fallecimiento de Felipe II lo hace resumiendo algunos aspectos de esa manera:

«El rey falleció debido a una enfermedad llamada “enfermedad de Luis”, habiendo llegado a los 71 años de edad. Se le asigna en la historia un carácter equivocado. Tenía características excelentes y se dedicó con mucha entrega al florecimiento de sus Estados. Pero estaba desde su niñez imbuido de dos principios básicos: *el carácter absoluto del poder real* y la inviolabilidad de su deber ante la iglesia, que él concebía como la *destrucción de las herejías*. Por lo demás era débil de carácter y donde concebía que la entereza era un deber se volvía testarudo. No tenía valor, y por lo tanto, no albergaba la verdadera virtud; tenía, eso sí, buenas inclinaciones, que no llegaban a manifestarse porque carecían de fuerza. ¡Fue un rey que *debía haber sido gobernado* y no valía *para gobernar!* Era listo, pero eso justamente le hacía ser desconfiado ya que su juiciosidad se mezclaban con su sentimiento de debilidad y dependencia. Era por lo tanto fácil engañarle y tenerle atado. Su hijo Felipe III, mucho más torpe, le siguió en el trono<sup>74</sup>.»

## 6. LO RESTANTE DEL SIGLO XIX: GROEN, BAKHUIZEN, MOTLEY, BUSKEN HUET Y FRUIN

El historiador protestante-calvinista más relevante del siglo diecinueve, Guillaume Groen van Prinsterer (1801-1876), cuenta, igual que Wagenaar, el periodo de la Rebelión contra el soberano español como la época más heroica de la historia nacional. Su libro *Manual de la historia de la Patria* (1846) que tuvo una gran acogida, dice que la reforma y la Rebelión convirtieron a los holandeses en el Pueblo de Dios:

«El Señor ha realizado grandes empresas en este pequeño y insignificante país, arrancado de las olas. Sobre todo porque ha sido un ejemplo de su gracia al mantenerse fieles al Evangelio puro durante la Reforma, y convertirse, siendo eso un gran privilegio, en una potencia independiente entre las naciones de la tierra<sup>75</sup>.»

Su juicio sobre Felipe II debe de ser entendido desde esta perspectiva. Resumiéndolo dice lo siguiente:

<sup>73</sup> Bilderdijk, *Geschiedenis des Vaderlands*, V (1834), 232. *Ibidem*, I (1832), 142; VI (1834), 1-29.

<sup>74</sup> Bilderdijk, *Geschiedenis des Vaderlands*, VII (1835), 192-193, 275-276.

<sup>75</sup> G. Groen van Prinsterer, *Handboek der Geschiedenis van het Vaderland* (3 tomos en 1 volumen, Leiden 1846), 3.

«Felipe II [...] no carecía de buenas facultades; pero sin embargo se convirtió por culpa de su ciega superstición [católica-romana], en una maldición para sus naciones<sup>76</sup>.»

El amor a la verdad del historiador Groen van Prinsterer hizo que no se convirtiera en un opositor ciego de Felipe II. Esa es la razón que le deja defender en más de una ocasión al rey, por ejemplo cuando constata que diversas «fechorías» le habían sido inculcado «falsamente» al rey; como era la muerte de Don Carlos o de su segunda esposa. También concluye que en general el rey tendía a la «suavidad» en su trato con los Países Bajos (el mandato de terror de Alba fue una excepción a la regla), pero que el régimen del rey fue determinado por el principio y el fin que suponían para él «el exclusivismo del mantenimiento de la religión Romana». No era posible hablar de concesiones en este punto, no en los Países Bajos y tampoco en la misma España. Felipe, según Groen van Prinsterer, «hubiera evitado la guerra con las demás Potencias más que buscarla; luchó contra Francia solamente en autodefensa y después de haber sido constantemente acosado»<sup>77</sup>.

También Groen van Prinsterer compara y contrasta la persona, características y forma de gobierno de Felipe II con las de Carlos V:

«No ha igualado en absoluto los dones de su padre; trabajador y desconfiado quería hacer todo él mismo, también lo que podía ser hecho por otros; desde su habitación interior tenían que ser gobernados sus Estados hasta en el más pequeño detalle. Por querer ver todo con sus propios ojos, a menudo no era capaz de ver lo más importante. Y, como consecuencia de su falta de decisión y la demora, muchas decisiones no fueron tomadas o se tomaron tan tarde que ya había transcurrido el tiempo para llegar a un cumplimiento eficaz y decente<sup>78</sup>.»

Groen van Prinsterer ve menos que sus antecesores la culpa del surgimiento de la Rebelión en los servidores del rey. Es el rey mismo que lleva la mayor responsabilidad del fracaso, por sus defectos, fervor religioso y su personalidad desconfiada y burocrática. Pero, hay que repetir, también defendió a Felipe II contra acusaciones de historiadores anteriores que no habían sido fundamentadas en una investigación crítica de las fuentes.

Fue el historiador, Reinier Cornelis Bakhuizen van den Brink (1810-1865), quien iba más lejos en la consulta de las fuentes críticas que Groen van Prinsterer<sup>79</sup>. De su pluma salieron muchos estudios eruditos y breves en el terreno de

<sup>76</sup> G. Groen van Prinsterer, *Handboek der Geschiedenis van het Vaderland* (2.<sup>a</sup> ed., en 2 tomos, Amsterdam 1852), I, 97.

<sup>77</sup> Groen van Prinsterer, *Handboek der Geschiedenis van het Vaderland* (1852), I, 97-104.

<sup>78</sup> Groen van Prinsterer, *Handboek der Geschiedenis van het Vaderland* (1852), I, 97-98, 208.

<sup>79</sup> Comparar R. Fruin, *Verspreide geschriften*, IX ('s Gravenhage 1903), 438-464; G. W. Kernkamp, *Van menschen en tijden* (Haarlem 1913), 36-97, reimpresión en P. A. M. Geurts y A. E. M.

la filología, la literatura histórica y la historia. Fue cofundador de una revista literaria innovadora llamada *El Guía* (*De Gids*; 1837). Motivado por la investigación realizada en Simancas por su contemporáneo, el archivero general y historiador belga Louis-Prosper Gachard (1800-1885), se dirigió —escapándose de los acreedores— como desterrado al extranjero. Su fin era investigar más allá de las fronteras los documentos y papeles de archivo. A la luz de lo que se estilaba en el acercamiento historiográfico de aquellos momentos de los Países Bajos, se puede considerar tal conducta un *novum*. Era innovador buscar sistemáticamente todo los documentos de archivo que aclaraban también la historia de la Guerra de Flandes desde el ángulo del rey Felipe y de los españoles. La búsqueda fue fructífera en el *Haus-, Hof- und Staatsarchiv* de Viena según nos comunica el afortunado Bakhuizen en una carta dirigida a Johan Bake:

«desordenado en sobres, seleccionados según el año estaban muchas piezas de la correspondencia entre Margarita de Parma y Felipe; muchas piezas, que anteriormente habían formado parte de otros legajos o cartones se encontraban entre ellos. Eran los *dissecta membra* de los archivos del Consejo de Estado de Bruselas. Encontré allí las minutas de las cartas que había enviado Margarita de Parma al rey y las respuestas por parte del rey a dichas cartas casi todas redactadas en francés. Era la correspondencia oficial escrita entre ambos parcialmente contando con el apoyo de los consejeros de ambos lados. Esta colección arroja una clara luz sobre la situación en los Países Bajos, las acciones del gobierno, la forma de administrar etc. Aparte de esta correspondencia existía una correspondencia secreta entre el Rey y su Gobernadora, llevada en Castellano. De ésta había poco o nada en Viena. Gachard lo ha traído de España (Simancas), pero él a su vez encontró poco de lo que yo he recogido en Viena. Esta es la fortuna de la que hablo. La mutua relación de ambas correspondencias, la puede entender usted. La mía da una precisa exposición de todas las acciones del gobierno y de las opiniones políticas en las cuales descansan, en la medida que son reconocidas por el Consejo de Estado. Lo mío es el texto, lo que Gachard ha encontrado y recolectado es el comentario en el cual se revelan los impulsos secretos de las acciones públicas y son juzgados desde el punto de vista que tenían sus gestores<sup>80</sup>.»

La visión más amplia sobre la Rebelión y en concreto sobre la persona y motivos de Felipe II no conducían directamente a la formación de una imagen más positiva sobre el rey, en contraste con la revalorización de algunos de los actores principales. Bakhuizen alaba por ejemplo al Cardenal Granvela como «un hombre de estado juicioso y emprendedor». Además «se ha cargado de cul-

Janssen (eds.), *Geschiedschrijving in Nederland. Studies over de historiografie van de Nieuwe Tijd*, I ('s Gravenhage 1981), 199-240.

<sup>80</sup> Carta de R. C. Bakhuizen van den Brink a J. Bake, Bruselas, 29 de junio 1846, publicada en: «Werk in Wenen en hang naar Holland» (Trabajo en Viena y apego a Holanda); en: J. M. Romein (ed.), *Uit de werkplaats van R.C. Bakhuizen van den Brink* (Amsterdam/Brusel 1951), 150-155.

pa a Alba para liberar a Felipe», un pretexto que se ha perpetuado injustamente en la historia. Felipe II, en cambio, era para él el ejemplo escolar de la «presunción» y del «campeón inflexible del Concilio de Trento». En otras ocasiones el autor premiaba la veracidad del monarca español. Tal y como habían hecho sus antecesores historiadores usó el contraste entre las imágenes de padre e hijo, y constató que Felipe II en su política religiosa y con la inquisición «no hizo nada que con anterioridad a él no había sido hecho o decidido por su padre». Eran las circunstancias que había cambiado substancialmente: si los protestantes eran en tiempos de Carlos V una minoría marginal, bajo el régimen de Felipe II no se puede hablar así. El error de rey fue justamente el no tomar en cuenta estos hechos<sup>81</sup>.

También fuera de las fronteras del país se simpatizó con la Guerra de Flandes. En la obra *El Surgimiento de la República Holandesa* (1856) del Americano John Lottrop Motley (1814-1877), la lucha de Guillermo de Orange adquirió *cum suis* la forma de una epopeya heroica, una lucha de liberación nacional legítima que fue una prefiguración de la Guerra de liberación Americana, producida más de dos siglos después<sup>82</sup>. Motley probó en su historia de manera ágil y a veces arrebatadora muchos medios clásicos (retóricos). Así también él pintó la imagen de Felipe II («a small meagre man») contrastándolo, hasta en su aspecto físico, con la figura de su padre. Carlos había sido en sus buenos años «athletic and well proportioned»<sup>83</sup>. Motley, cuya obra fue reeditada varias veces, no ocultaba en absoluto la gran admiración y el respeto que sentía para Guillermo de Orange. Felipe II en cambio, hasta en lo que respeta sus rasgos característicos, salió mucho peor parado<sup>84</sup>. La manera en la que condena al rey parece estar inspirada directamente en la *Apología* del de Orange<sup>85</sup>. Esta claro que la gran simpatía de Motley por la causa de los rebeldes se debe en gran medida a las fuentes consultadas. Entre estas fuentes había en todo caso un número prominente de escritos propagandísticos de autores calvinistas del siglo XVI<sup>86</sup>.

En el manual popular *El país de Rembrandt* (1882) de contenido histórico cultural, su autor Conrad Busken Huet (1826-1886) —antiguo predicador y crítico literario perspicaz— nos dibuja una imagen bastante benévola y imparcial

<sup>81</sup> Romcin (ed.), *Uit de werkplaats van R. C. Bakhuizen van den Brink*, 149, 171, 200-202.

<sup>82</sup> J. L. Motley, *The Rise of the Dutch Republic: A History* (London 1891; primera edición 1856), «Prefacio»: «de la tal llamada revolución de Holanda, Inglaterra y América que son todos eslabones de una cadena». Comparar R. Fruin, «Motley's Geschiedenis der Vereenigde Nederlanden (1862)» (La historia de Motley de los Países Bajos), en: idem, *Verspreide Geschriften*, III ('s Gravenhage 1901), 118-224. La crítica de Fruin se dirige sobre todo al trato que da Motley al periodo de Leicester.

<sup>83</sup> Motley, *The Rise of the Dutch Republic* (1891), 54-56.

<sup>84</sup> Ver Motley, *The Rise of the Dutch Republic*, 3 tomos (London 1884), III, 600-612, respectivamente I, 138-144.

<sup>85</sup> Ejemplo Motley, *The Rise of the Dutch Republic* (1884), III, 481-484.

<sup>86</sup> Comparar Geurts, *Nederlandse Opstand*, 158.

de Felipe II. Busken Huet recalca por ejemplo que en 1557 el rey era considerado con los Países Bajos como «un seguidor fiel de su padre». Se le titula en este año, en un vidrio esmaltado de Dirk Crabeth *pater patriae*, padre de la patria<sup>87</sup>. Busken Huet también dedica, como lo hicieron con anterioridad Bor y Wagenaar, atención a los defectos del propio partido, como son las crueldades cometidas sobre todo por los *mendigos* («geuzen», «gueux») y los rebeldes más fervientes contra los católicos. Dichas crueldades, según él, no desmerecían al terror causado por el «Duque de hierro», el duque de Alba. Alba en persona es reflejado más bien en el *Cancionero de los gueux* como un instrumento de trabajo y el «verdugo» del papa (él que a su vez es comparado con el Anticristo de la *Revelación de Juan*), y no de Felipe. Este último es a veces disculpado en las canciones por ser un soberano engañado y mal aconsejado: la ficción del buen rey versus sus malos consejeros vuelve de nuevo a la superficie<sup>88</sup>. Hay que tomar en cuenta, en este respeto que la mayoría de las *canciones de los mendigos* fueron escritas y compuestas antes de haberse editado el *Acta de Rechazo*<sup>89</sup>.

Bakhuizen había vuelto en 1851 a su querida Holanda y a partir de 1854 ocupó el puesto de archivero general del Estado. Gracias a la influencia de Gachard y el conocimiento adquirido durante su trabajo en los archivos de Bruselas, Viena, Praga y Alemania, ha hecho mucho bien en este puesto de archivero. Gracias a él se hicieron asequibles y se abrieron muchos documentos del archivo nacional: tomando entre manos la organización, conservación e inventarización del archivo. De esta manera creó igualmente un requisito indispensable para llegar a una profesionalización de los historiadores holandeses, los cuales iban a la zaga de alemanes y belgas en la mitad de la segunda parte del siglo diecinueve. Es sobre todo el catedrático de Leiden Robert Fruin (1823-1899), quien fue el precursor de dicha profesionalización<sup>90</sup>.

## 7. EPÍLOGO

Según iba transcurriendo el tiempo disminuyó la crítica sobre la figura de Felipe II por parte de los antiguos historiadores. Se produce, en general, una creciente matización. Wagenaar criticó a Grotius y, la mayoría de las veces de forma indirecta, la representación de los hechos en blanco y negro de Van Reyd. Bilderdijk a su vez rechazó a Wagenaar, mientras se puede considerar el

<sup>87</sup> Cd. Busken Huet, *Het land van Rembrandt. Studiën over de Noordnederlandsche beschaving in de zeventiende eeuw*, 2 tomos (1882). Se ha consultado la 5.ª ed., aquí tomo I, 430-431.

<sup>88</sup> Busken Huet, *Het land van Rembrandt*, II, 22-41.

<sup>89</sup> La edición más antigua conocida lleva el título *Een nieu Geusen Lied en Boecxken* (1581). Además P. Leendertz jr., *Het geuzenliedboek*, 2 tomos (1924-1925).

<sup>90</sup> Comparar sobre Robert Fruin sobre todo Jo Tollebeek, *De toga van Fruin. Denken over geschiedenis in Nederland sinds 1860* (Amsterdam 1990), 13-67 (donde se encontrarán más referencias).

juicio equilibrado y científicamente fundado de Fruin como un punto culminante provisional. En este sentido es verdad que el tiempo crea distancia, más reflexión, tomando en cuenta el desarrollo de los hechos en una relación más amplia y con menos acritud que los contemporáneos directamente involucrados, los cuales se sentían obligados en todo momento a tomar partido.

Bilderdijk nunca había sentido mucha simpatía para la República de las Siete Provincias Unidas holandesas, gobernadas por aristócratas y fruto de la Guerra de Flandes. Si dicha República encarnaba «el triunfo de la Libertad» para Wagenaar, para Bilderdijk no fue más que una repentina interrupción de un desarrollo histórico judicial que ya en tiempos de los soberanos Borgoñones y los Habsburgos tendía a un gobierno por el tan deseado monárquico y centralista. El ya reconoció el elemento conservador de la Rebelión. Fue justamente este concepto de la oposición particularista y tendente a la conservación en contra de la política monárquica y centralista que Robert Fruin elaboraría, en su ensayo, *Los tres periodos de la historia de los Países Bajos* (1865), dotándolo de fundamentos científicos<sup>91</sup>.

Fruin descubrió a su vez muchos defectos en la persona, carácter y política concreta del rey. Pero al hacer el balance final supedita estos defectos a las circunstancias históricas y el desarrollo del derecho público a largo plazo, no solamente en Holanda sino también en otros lugares de Europa. Como consecuencia de dicha *objetivación* llegó a unos puntos relevantes para nosotros, a una imagen que ha perdido poca fuerza hasta hoy en día: la Guerra de Flandes —considerada por Wagenaar, Motley y Bakhuizen sobre todo en su resultado final, como una lucha de liberación nacional y de independencia— es restituida por lo que fue en su origen: una «rebelión» contra el poder legal del soberano, príncipe y rey Felipe II.

---

<sup>91</sup> Reimpreso en R. Fruin, *Verspreide Geschriften*, 1 ('s Gravenhage 1900), 22-48. Comparar su *Geschiedenis der Staatsinstellingen in Nederland tot den val der Republiek* (1901; 3.<sup>a</sup> ed.: 's Gravenhage 1980).